

MIS ANDANZAS EN TELEGRAFOS

Angel Brasero Martín



Entré en Telégrafos como repartidor interino en Madrid el 15 de mayo de 1949, a la edad de 17 años.

En aquella época se repartía una media de 150 telegramas diarios por cada repartidor, que hacían funcionar a tope a los negociados de Contabilidad, Cierre y Reparto de los que dependíamos.

El sueldo que alcanzábamos a cobrar en aquel tiempo ascendía a 333,33 pesetas mensuales, cantidad que veíamos incrementada por las propinas, cuyo importe sobrepasaba al del sueldo base.

Pedí el traslado a la Sucursal de Latina II, en el Paseo de extremadura, por encontrarse cerca de mi vivienda, alcanzando mi radio de reparto desde el Puente de Segovia hasta Campamento.

En Latina II estaban destinados, como era muy común entonces, un matrimonio: un Jefe Superior de Administración, que ejercía de

Jefe de la Sucursal, y su esposa, una Auxiliar.

Recuerdo que la sucursal tenía un cuarto de baterías de pilas Fery, que eran unos frascos cuadrados con unas láminas que funcionaban como polos positivo y negativo. El servicio telegráfico se efectuaba a través de un teleimpresor Creed, aunque, para pruebas y posibles averías del teletipo, cosa que sucedía muy a menudo, existía una instalación Morse completa. Cuando se estropeaba el teleimpresor se llamaba al taller de la Sala de Aparatos, de donde enviaban un mecánico, normalmente el Sr. Barba, para que lo reparara. Viéndole trabajar me entró la afición a la mecánica de los aparatos telegráficos.

Tras dos años en la sucursal pedí el traslado a la Central, ya que se había producido una vacante de motorista y yo tenía entonces carnet de conducir y una moto, una Montesa. Aprobé, siendo el 5º motorista de Madrid y, posiblemente, de España, y me destinaron a repartir el extraradio y los Cuarteles de Campamento y Cuatro Vientos, con un turno alterno, un día de mañana y otro de tarde, sin librar nunca, ni sábados, ni domingos, ni festivos.

Como complemento a mi sueldo, ingresé en la Cantina de Telégrafos el año 1952. Dicha Cantina estaba situada en la 4º



planta del Palacio de Comunicaciones, al lado de la Sala de Aparatos y del Taller Mecánico. Un pasillo con una puerta cerrada hasta las 21 horas separaba la Sala de la Dirección General.

Encima de la cafetera había un enorme escudo de Telégrafos, y se servían diariamente unos 2.000 cafés y unas 30 cajas de cervezas, a lo que había que añadir vinos, licores, bocadillos, etc., y permanecía abierta de 8 de la mañana a 2 de la madrugada, sin interrupción, tanto en diario como en festivos.

El encargado, por aquel entonces, era el Sr. Lozano, que nos contaba como en la Guerra Civil su mayor preocupación era conseguir café

para servirlo a los telegrafistas, y como, cuando no lo lograba, tenía que servirles achicoria en su lugar. Entre el personal de aquella época recuerdo, entre otros, a Vicenta, María, Martín y Nicomedes, así como a D. Enrique Pardo, Jefe de la Cantina, D. Pio Pereira, Tesorero, y al Jefe de Centro.

También vienen a mi memoria una serie de rostros que corresponden a clientes habituales, Sr. Calle, Joaquinito, Sr. Cuevas, Sr. Pérez Aguinaga, D. Arturo, Sr. Medina, Sr. Garijo, Sr. Lagarma, Sr. Doban, Sr. Barca, Sr. Gómez Nieto, Sr. Perezagua, las hermanas Lara y el sargento Pérez, Jefe del Cuartelillo del Palacio.

Los domingos por la tarde se hacía la Goleada con los resultados de fútbol, que les eran comunicados desde todas las ciudades donde existía un equipo que jugara, a los Sres. Pérez Aguinaga y Pardo, quienes se encargaban de hacerlos llegar a su destino, para ponerlos a continuación en la calle, donde chicuelos lanzaban el grito clásico de “Goleada, ha salido Goleada, con los resultados de los partidos”.

Por aquel entonces se estrenó la cafetera Pavoni de 6 grupos, que sacaba 12 cafés cada 45 segundos. Posteriormente, y coincidiendo con el nombramiento del Sr. Cabezas, padre de los componentes de la Junta de la Asociación Angel y Antonio Cabezas, como inspector de la Cantina, y al que me unía una gran amistad, me nombraron encargado de la misma, por el despido del Sr. Lozano, al que no tuvieron en cuenta los sacrificios realizados a través de los años.

Al abrirse la Cafetería de la 3ª planta, se cerró la Cantina durante el día, funcionando solo de noche, hasta que fue cerrada por completo dejando sin servicio a la Sala de Aparatos y a los demás funcionarios que trabajaban por la noche.

En 1967, y tras varios accidentes de moto, me presenté a las oposiciones de Auxiliares Mecánicos, aprobándolas y haciendo las prácticas en la Escuela Oficial de telecomunicación, con el Sr. Chinchilla, quedando después adscrito a los Talleres Generales, para efectuar la reparación de teleimpresores.

Más adelante, el Sr. Cubero, director de la Escuela, me llamó para impartir clases a los Auxiliares Mecánicos de las promociones de 1974 y 1976, siendo ésta la penúltima promoción que hubo de la citada escuela.

Y así continué hasta mi jubilación, habiendo dejado la mayor parte de mi vida al servicio de Telégrafos, en todas las facetas detalladas anteriormente.

